

ante las gentes importantes o respetables, inclinado lleno de ternura y paciencia sobre la hierba dormilona, para saber si el contacto de una lluvia ligera, el de las patitas de las abejas o el del viento, pliegan las hojuelas de la planta sensitiva y si el humo o una onda sonora logran abrirlas.

CARMEN LIRA.

Febrero de 1924.

## La alegría de saber

En la reunión pública de las cinco Academias, celebrada en la *Académie des Sciences* de París, a últimos del pasado octubre, el eminente geólogo M. Pierre Termier, pronunció un discurso tan elocuente como todos los suyos, en el cual trató de admirable manera de la *foie de connaitre*, de la alegría que experimenta el sabio, cuando acierta a conocer antes que otros, algunos de los innumerables problemas que esconden las Ciencias.

«Pero ¡ay! — dice M. Termier — nunca se sabrá todo, y la alegría de los más grandes sabios quedará incompleta y parcialmente oscurecida. Sin duda no se sabrá jamás qué es la luz y cómo marcha a través del mundo; cómo se ha constituido la Tierra, y si es una nebulosa condensada o un agregado de pequeños cuerpos sólidos unidos entre sí; cuál es el estado de su núcleo interno, si es sólido, líquido o gaseoso... pero quizá se averiguará algún día por qué tiembla la Tierra... quizá se podrá prolongar algo la vida humana... ¡Considérese cuál será la alegría que experimentará el que haya podido vencer, por ejemplo, la tuberculosis o el cáncer...!»

«Sí, la ciencia es causa de alegría para los hombres. Por esto habrá siempre sabios, mientras haya hombres capaces de pensar. Ciertamente, las Academias hacen bien en instituir premios y en prometer recompensas, para estimular a los investigadores: pero ¿qué premio puede compararse a la alegría del descubrir?»

«Y ¿qué recompensa no parecería mezquina comparada con la que la Verdad misma otorga a quien ha logrado levantar una punta de su velo? «Yo soy tu recompensa, demasiado grande para tu pobre corazón», dice la divina Sabiduría: *Ego ero merces tua magna nimis*. La alegría de conocer nos parece a veces tan abrumadora, que uno hasta llega en ocasiones, a tener miedo de no poder resistir su enorme peso y tener que morir de ella».

(*Lébrica*, Tortosa, España).

# Poeta y luchador

[Palabras pronunciadas en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria de México, el 30 de Noviembre de 1923, en memoria de HÉCTOR RIPA ALBERDI.]

Los amigos que deja en México Héctor Ripa Alberdi han querido ofrecer este homenaje de afecto a su memoria, en el cual me toca pronunciar estas breves palabras sólo porque fui quien más de cerca conoció la vida y la obra de aquel poeta y estudiante que trajo a México, en 1921, con cuatro bizarros compañeros, el mensaje de fraternidad y rebelde esperanza de la juventud argentina.

Muere Héctor Ripa Alberdi a los veinte y seis años, cuando apenas había puesto las primeras piedras de su obra y se preparaba a construir. El poeta había lanzado a los vientos dos pequeños volúmenes y pensaba en los poemas nuevos. El ensayista había publicado el estudio sobre *Sor Juana Inés de la Cruz* y concebía vastísimos planes. El estudiante que conocimos en 1921 era ya maestro de la Universidad. El insurrecto de 1918 se preparaba a llevar hasta la cima las banderas de la revolución.

Alma límpida, pensamiento claro, carácter jovialmente tranquilo, fué Héctor Ripa Alberdi, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo. Nuestros cantores de la serenidad, González Martínez y el argentino Arrieta, con su melodía cristalina, con su delicada armonía *lacustre*, parecían guiarlo: en realidad, a González Martínez lo adivinó antes de conocerlo. La naturaleza se trocaba, a sus ojos, en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada. A veces, su voz se levanta, va en busca de almas distantes, puras como la suya.

Pero en una ocasión la turba de los estudiantes arrancó de su retiro al poeta y le hizo cantar la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares.

Y es que aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte. A la honda paz de su vida interior unía la firme entereza de su vida pública. Y es así cómo, hombre sereno en su país de hombres inquietos, pudo ser uno de los animadores de aquel formidable movimiento que en 1918 agitó las escuelas argentinas y las obligó a renovarse. La juventud demandaba la autonomía eficaz de las Universidades, la participación

del estudiante en los consejos que determinan orientaciones, la renovación de las ideas y de los hombres. La lucha, tenaz, violenta, trágica a veces, alcanzó triunfos rápidos. Pero la reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, está en vela, y no ha cesado de atacar y mirar las conquistas de los jóvenes. La lucha no es ya violenta, pero es constante: día por día hay que defender las reformas; Héctor Ripa Alberdi entró, por sus méritos de hombre de trabajo y estudio, a la cátedra universitaria, pero no para transijir con la reacción, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas avanzadas: antes bien, reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi los hizo la edad conservadores ni renegados. Como si se inspirara en tales ejemplos, Héctor Ripa Alberdi persistía en su fe: poco antes de morir, acababa de fundar, con sus amigos, la revista que es portavoz de la revolución universitaria en la Argentina.

A traernos la voz de aquella rebelde y esforzada juventud vino a México, con sus compañeros, Héctor Ripa Alberdi. Aquí, en este recinto, dijo su primer mensaje, invocando a Platón como héroe epónimo de las juventudes capaces de combatir por el ideal. Aquí encontró entusiasmo para sus devociones, afecto para su cordial limpieza.

Sus amigos se llamaron José Vasconcelos, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Salomón de la Selva, Roberto Montenegro, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Carlos Pellicer, Eduardo Villaseñor... México le interesó profundamente: le sedujo su honda agitación cobijada por la solemne paz de su naturaleza. Y a su patria volvió, con sus compañeros, para comunicar a todos la fe en el México Nuevo. Cuando, en 1922, visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el «ambiente mexicano» creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las «ideas mexicanas»... Desde hace dos años, México es para aquella juventud símbolo de la pujanza con que la América latina concibe los ideales de una civi-